3

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA,

N.° 1.°

¿Quién es el Público, y dónde se le encuentra?

Artículo robado.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Agosto de 1832.

DOS PALABRAS.

No tratamos de redactar un periódico: 1.º porque no nos creemos ni con facultad, ni con ciencia para tan vasta empresa: 2.º porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérnoslas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, ó las de otros, tales cuales las encontremos para divertir *al público, en folletos sueltos de poco volúmen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de* instruirle, *como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesion ó por casualidad para el público, ni tenemos la presuncion de creer saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle, no seremos escrupulosos*

en la eleccion de los medios, siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos. Á nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas *por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto* satíricos *que nos hemos echado encima: solo protestamos que nuestra sátira no será nunca* personal*, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida.*

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginacion nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, tra-

ducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ageno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale mas divertir con cosas agenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa *á los bailes del Carnaval pasado: llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demas, y con ribetes distintos lo prohijaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa agena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Ademas, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan despues de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos tambien sin embargo enteramente nuestros.*

Siguiendo este sistema no podemos

fijar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; *esta es nuestra divisa:* ser leidos; *este es nuestro objeto:* decir la verdad; *este nuestro medio.*

Aunque nos damos tratamiento de nos, *bueno es advertir que no somos mas que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser mas ni menos que nuestros* coescritores de la época.

Quién es el Público, y dónde se le encuentra!

(*Artículo mutilado, ó sea refundido.* Hermite de la Chaussée d'Antin.)

El Doctor tú te le pones,
el Montalban no le tienes,
con que quitándote el Don
vienes á quedar Juan Perez.

Epigrama antiguo contra el Dr. D. Juan Perez de Montalban.

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos: no tengo mas defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las mas veces sin que nadie me pregunte mi opinion: váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte

la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion, y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocenton, nadie estrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público*, que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodin de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él, segun el papelon que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan, y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilus-*

trado, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el publico es *respetable*; no hay duda, pues, en que existe el publico. En este supuesto, *¿quién es el público, y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al publico por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caractéres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los dias y parages en que suele reunirse mas gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público, á imitacion de los demas. Este dia un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila: veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa

á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aqui deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no estan, ó no quieren estar en casa: alli entra, habla del tiempo, que no le interesa, de la ópera, que no entiende &c. Y escribo en mi libro: *el público oye misa, el público coquetea* (permítaseme la espresion mientras no tengamos otra mejor), *el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas:* idea que confirmo al pasar por la puerta del Sol.

Entrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando

por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida &c., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados, y con el menor agrado posible; repitiendo este dia los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida, ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: ¿qué alicientes traen al públi-

co á comer á las fondas de Madrid? Y me contesto: *el público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.*

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece dificil decidir acerca del gusto del publico, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salon del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro mas llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor; pero sí escribo: *un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y Cuarenta Horas, y con otro, no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagóri-*

co Mantilla, y al circo olímpico.

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente: yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el mas peligroso de todos los públicos; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular estrañeza que el *público tiene gustos infundados*: le veo llenar los mas feos, los mas oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aqui infiero *que el público es caprichoso.*

Empero aqui un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si peleáran, acerca

del mérito de Montes y de Leon, del volapie y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafian, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos, que no entienden de poesía, se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios, disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aqui cuatro poetas, que no han saludado el diapason, se disparan mil epígramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Alli cuatro viejos, en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo asi, de su época, convienen en que los jóvenes del dia estan perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el *mundo*, que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mi examinando: *el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.*

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas: un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando, ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara: todas estan llenas; en todas el Yepes y el Valdepeñas mue-

ven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: *el respetable público se emborracha*; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los villares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Represéntase una comedia nueva: una parte del público la aplaude con furor; es

sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratin acá: otra la silva despiadadamente; es una porquería, es un sainete; nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: está en prosa, y me gusta solo por eso; las comedias son la imitacion de la vida; deben escribirse en prosa. Otro: está en prosa, y la comedia debe escribirse en verso, porque no es mas que una ficcion para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben asi es porque no saben versificarlas. Este grita: ¿dónde está el verso, la imaginacion, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frio; moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. Aquel clama: ¡gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginacion de nuestros antiguos era desarreglada; ¿qué tenian? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusion de clases, de géneros;

el romanticismo es la perdicion del teatro; solo puede ser hijo de una imaginacion enferma y delirante. Oido esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es tambien aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractotes de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande; y entonces ya renuncio á mis esperanzas. ¡Dios mio! ¿dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado, cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce mas norma ni mas leyes que las del sentido *comun*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y mas confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas mas ilustradas que yo. Un autor silvado me dice cuando le pregunto: ¿quién es el público? "Preguntadme mas bien cuántos necios se necesitan para componer un público." Un autor aplaudido me responde: "es la reunion de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias."

Un escritor cuando le silvan dice que el público no le silvó, sino que fue una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa: el público la ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscriptores, y en este caso no es grande el publico de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de

sus clientes. A un médico se le figura que no hay mas público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los dias; y asi de los demas: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razon exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las vidas de los españoles célebres y la traduccion de la Iliada? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oir á una cantatriz pinturera, ó el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinion pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradiccion hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la impruden-

cia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por muger? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crímen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razon en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para grangear la opinion de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus dias manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se espone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que

de él se espera? Solo concibo, y me esplico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del dia: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar que el publico es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel, y saca el dinero al publico por su bien y lleno de respeto hácia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del publico. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el.... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el publico, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que

no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caractéres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razon, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasageras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que

olvida con facilidad é ingratitud los servicios mas importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazon queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

NOTA. *El pobrecito hablador, por no dejar meter baza á nadie, no admite ni da contestaciones.*

En el siguiente número daremos una sátira *nuestra* en tercetos contra la Corte.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

N.° 4.°

COSTUMBRES. = Empeños y desempeños.
(Artículo parecido a otro.)

TEATROS. = ¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?
(Artículo nuestro.)

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Setiembre de 1832.

Se hallará con los números anteriores en la librería de Escamilla, *calle de Carretas.*

Nota. El Pobrecito Hablador no admite ni da contestaciones.

Otra. Siempre que por cualquier obstáculo no pudiese un cuaderno publicarse, saltaríamos al siguiente, aunque fuese dejando una laguna en la numeracion.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

(Artículo parecido á otro.)

Pierde, pordiosea
el noble, engaña, empeña, malbarata,
quiebra y perece, y el logrero goza
los pingües patrimonios...

Jovellanos.

En prensa tenia yo mi imaginacion no ha muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya me pedia conversacion, y acaso nunca lo hubiera encontrado, á no ser por la casualidad, que contaré; y digo que no lo hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas no contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban dejarse por ahora de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las mas escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar: es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los li-

(1) Carnaval del año de 1832.

bros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de V.***; canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silvar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros paises, porque ha viajado por el estrangero, á fuer de bien criado. Habla su poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y puede hacer con ella lo que mas le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazon de su mejor amigo con la mas sin-

gular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta esquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, trage que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que mas lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de *buen tono* de esta capital de que sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viviera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta mi fragilidad, y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serian y vestiame yo, cuando entra mi criado y me anuncia á mi sobrino.—¿Mi sobrino? Pues debe ser la una.—No señor, son las ocho no mas. — Abro los ojos asombrado, y me encuentro á mi elegante de pie, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana. Joaquin, ¿tú á estas horas?—¡Querido tio, muy buenos dias! — ¿Vas de viaje? — No señor. — ¿Qué madrugar es este? — ¿Yo madrugar, tio? Todavia no me he acostado. — ¡Ah! ¡Ya decia yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis *dominós* que he llevado esta noche para mu-

darme... — ¿Seis no mas? — No mas. — No se me hacen muchos. — Tenia que engañar á seis personas. — ¿Engañar? Mal hecho. — Querido tio, usted es muy antiguo. — Gracias, sobrino. Adelante. — Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor. — ¿Seré yo la séptima persona? — ¡Querido tio! Ya me he quitado la máscara. — Dí el favor; y eché mano de la llave de mi gaveta. — En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto ::: en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion Breguet que me vió usted dias pasados? — Sí, que te habia costado cinco mil reales. — No era mia. — ¡Ah! — El marqués de *** acababa de llegar de París; queria mandarla limpiar, y no conociendo ningun relojero en Madrid, le prometí enviarséla al mio. — Sigue. — Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habiamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido... — Adelante. — Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazon me hallaba sin un cuarto... Mi honor era lo primero, ademas de que andan las ocasiones por las nubes... — Sigue. — Empeñé la repeticion de mi amigo. — ¡Por tu honor! — Cierto. — ¡Bien entendido! ¿Y ahora?.. —

Hoy cómo con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta, y... — Ya entiendo. — Ya ve usted, tio... esto pudiera producir un lance muy desagradable. — ¿Cuánto es? — Cien duros. — ¿Nada mas? No se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor sobre todo se hallaba en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los mios. Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion. — *Quand il vous plaira*, querido tio.

Llegamos al café, una de las *lonjas* de empeños (1), digámoslo asi, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. — Tio, aqui será preciso esperar. — ¿A quién? — Al hombre que sabe la casa. — ¿No la sabes tú? — No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. — ¿Y se les confian repeticiones de cinco mil reales? — Es un honrado corredor, que vive de este tráfico. Aqui está. — ¿Este es el honrado corredor? Y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del

(1) Sin que nos dé su permiso la Academia no nos atrevemos á usar de la palabra nueva *bolsa*: otros son menos concienzudos.

tiempo en una cara, como la debe tener precisamente el judío errante si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y girones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que mas parecian nacidos en aquella cara que efectos de encuentros desgraciados, mirar vizco, como de quien mira y no mira, barbas independientes, crecidas, y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo, ruin sombrero con oficios de quitaguas, capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con anchas cenefas de barro de Madrid, botas ó zapatos, que esto no se conocia, con mas lodo que cordoban, manos de cerdo, uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenia, que por ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á este de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podia decir exactamente aquello de que *tripas llevan pies*, metal de voz ademas que á tōdos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire en fin misterioso y escudriñador. —¿Está eso, señorito?—Está; tio, déselo usted. — Es inútil; yo no entrego mi dinero de esta suerte. — Caballero, no hay cuidado. —No lo habrá ciertamente, porque no lo daré. Aqui empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba,

y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su repeticion por una etiqueta de esta especie; pero yo me mantuve firme, y le fue preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos *cangeamos*.

En el camino nuestro *Ciceron* mas aplacado sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente, caballero, me dijo al oido: cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras, por si usted gusta. —Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin á fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas á una casa y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré esplicar cuán mal se avenian á estar juntos unos con otros, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan varias partes alli se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar muchas veces importuno con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué seria escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¿Qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de embozos de chinchilla con aquel *chal* de *cachemira*?

Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera de reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quienes nunca hubiera presumido que pelecharan en aquel comercio: avergonzaronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí toda una larga reconvencion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero; yo imaginé que aquel debia de ser lugar mas á propósito todavia para aventuras que el mismo puerto Lapice, calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do mas le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento cuando se abre la puerta, y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

"Pepe, te he esperado inútilmente, te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aqui, y sin un cuarto; no tengo re-

curso. — Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible. — ¡Un frac nuevo! ¡Una levita tan poco usada! ¿No ha de valer esto mas de diez y seis duros que necesito? — Mire usted. Aquellos cofres, aquellos armarios estan llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á *sacarlas*, y nadie da por ellas el valor que se prestó. — Mi ropa vale mas de cincuenta duros: te juro que antes de ocho dias vuelvo por ella. — Eso mismo decia el dueño de aquel sortú, que ha pasado en aquella percha dos inviernos, y la que trajo aquel *chal*, que lleva aqui dos carnavales, y la... — Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; ¡no me queda mas recurso que tirarme un tiro!" Al llegar aqui el diálogo eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¿Quién sabe si no habrá comido hoy su familia, si alguna desgracia... Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciéndole. — ¡Mal hecho! — Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.** y estoy sin trage: he dado palabra de no faltar á una persona *respetable*. Tengo que buscar ademas un dominó para una *prima mia*, á quien he prometido acompañar... Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseido ya de mi ardiente caridad. — ¡Es posible! Traiga usted una alhaja. — Ni una me queda, tú lo

sabes; tienes mi relox, mis botones, mi cadena... — ¡ Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificacion... — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac? — Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho. — Dentro de tres dias vuelvo por ello. A Dios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene. Y fuese cantando el especulador.

Retumbaban todavia en mis oidos las pisadas y *le fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.** Z. en persona, con los ojos encendidos, y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion. — ¡ Don Fernando! — A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. — ¡Señora! — ¿Me ha enviado usted esta esquela? — Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya mas de lo que valen los aderezos que tiene usted ahí... — ¿ Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó

me muero del sofoco. — Yo, señora... — Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis braceletes para esta noche: en cambio vendrá una bajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará mas mientras no se la satisfaga. — Si yo fuera solo... — ¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir... ¿No lleva usted parte en la banca? — ¡Nos fue tan mal la última noche! — ¿Quiere usted mas billetes? No me han dejado mas que estos seis. Envie usted á casa por los efectos que he dicho. — Yo conozco... por mí... pero aqui pueden oirnos; entre usted en ese gabinete. Entráronse, y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un relox, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: tengo corazonada: voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi relox: otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los

crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personage, que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia mas de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagáran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado, y fuese, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien mas conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? ¿Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande Príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡Bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habiase secado el manantial de sus lágrimas.

A Dios, y no falte usted á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. — Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belle-

za, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora de H.** Z. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh elocuencia de la belleza! ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su muger el *chal* magnífico que llevaba tres Carnavales en el cautiverio, y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no les sienta bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigia la palabra. Un á Dios bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio, como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imagi-

naciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

> De estos niños Madrid vive logrado,
> y de viejos tan frágiles como ellos,
> porque en la misma escuela se han criado.

TEATROS.

¿QUÉ COSA ES POR ACÁ EL AUTOR DE UNA COMEDIA?

(Artículo nuestro.)

Como el teatro lleva camino de reducirse á una diversion puramente ideal, nos damos prisa á insertar entre nuestras habladurías unas cuantas concernientes á este ramo, antes de que dé la última boqueada esta espirante fantasma.

ARTÍCULO 1.º (1)

Nuestras dudas se nos ofrecen al entrar en esta materia: al hacer aquella sencilla pregunta, ¿estaria de mas que esplicásemos qué quiere decir *por acá*, qué *autor*, y qué *comedia*? ¿Lo saben todos? No. ¿Lo saben algunos? Como de esos algunos habrá que

(1) Como conocemos el público que ha de leernos, nos apresuramos á dar la satisfaccion al lado de la que pudiera creerse ofensa. Repetimos que respetamos, como nadie, los usos establecidos. Mas. Sabemos que la mejor voluntad anima á las personas que tienen parte en el gobierno de los teatros: nosotros mismos en particular debemos favores, á que sabemos estar agradecidos, y aprovechamos esta ocasion para dar públicamente las gracias á los señores de la comision y á D. C. C., encargado de la parte directiva, que en ocasiones han tenido la bondad de distinguirnos. Y ahora que hemos cumplido con lo que el agradecimiento nos prescribe, cum-

no lo sepan. Pero como quiera que vivan muchos sin saberlo, y no por eso se mueran, ni les acontezca mal alguno, sino antes por el contrario tengan esos cuidados menos, nos hemos determinado á no levantar el velo que cubre el sentido de aquellas oscurísimas palabras, quién sabe si movidos tambien de cierto temor de no acertar en nuestro propósito. ¿Lo sabemos nosotros? ¿Somos inteligentes en la materia?

Pero dirá el lector que hoy se nos vuelve todo escrúpulos y cosquillas; que si solo hubieran de hablar de las cosas los que de ellas entienden, seria preciso renunciar en el mundo al encanto de la conversacion.

pliremos con la obligacion que el amor que profesamos al bien nos impone. Hemos tenido que recibir como favor lo que creemos justicia: creemos que hay abusos; por mejor decir, qne hacen falta usos nuevos. Creemos tambien qne los señores que dirigen el teatro no pueden manifestar mas zelo del que manifiestan: las mejoras de que hemos sido testigos; el magnífico espectáculo de la ópera que á toda costa nos han proporcionado; lo que se han esmerado en salir del carril acostumbrado, escediéndose á pagar á los mismos poetas, años pasados, como nunca antes se les habia pagado, todo lo prueba. Pero esto no es bastante todavia: creemos tambien que no está en sus manos hacer mas, y que quien ha de hacer el milagro ha de ser la misma opinion pública, que lo puede todo. Pero esto necesita mucho tiempo, y lo que es mas, la opinion pública ne-

Si esto es asi, hablemos, como los demas, solo porque tenemos recibido este don precioso del Altísimo, que en su alta sabiduría no nos le dió sin duda para callar.

El mayor número de las gentes cuando concurre á la representacion de una comedia, y la aplaude si le parece buena, cree que el autor ha sacado el fruto de sus vigilias y del don rarísimo que de agradar á los mas recibió de la naturaleza: discurre espontáneamente y sin trabajo que aquella entrada y cuantas produce aquel drama son debidas al talento del autor, y que saliendo de aquellos fondos cuanto gasto se ocasiona, el autor aquel y los demas autores

cesita encaminarse hácia el bien; es un ciego bien intencionado; es preciso dirigir su palo. Esta obligacion nos hemos impuesto, y la cumpliremos mientras podamos, como buenos españoles, que adoramos la prosperidad de nuestra patria, el lustre de nuestro buen Gobierno, y la gloria del nombre español. Asi, pues, repetimos que nuestras alusiones nunca son contra las personas, siempre contra las cosas. Creemos, al tomar este cargo, que no todos nos agredecerán seguir las intenciones del mismo ilustrado Soberano, que ha rendido á nuestro gran poeta cómico el mayor homenage que es posible tributar á un hombre que ya no existe, y que al imprimir sus obras ha dado una prueba incontestable, que hace tanto honor á sus luces, como al talento de Moratin, de la decidida proteccion que dispensa á este desgraciado ramo de nuestra literatura.

de comedias son los que dan de vivir á los actores, á las empresas, y á todos los dependientes y sanguijuelas, que no son pocas, de semejantes casas. Esto parece natural á primera vista, y no se necesita haber cursado en Salamanca para conocer que á no haber dramas que representar, sean de la clase que se quiera, inútil seria el teatro con todas sus consecuencias. Pero como hemos nacido en el siglo de los prodigios, ha de saber el mayor número de las gentes que no solo no es asi, sino que se equivoca groseramente al pensarlo de esta suerte.

Dejemos aparte los sofiones y respuestas acedas que hasta llegar al ansiado y terrible momento de la representacion ha tenido que sufrir el autor de cuantos tienen la menor parte en estos negocios, los sustos que le da una censura rigida, las esperanzas tantas veces desvanecidas ante el choque de las pasiones ó intereses encontrados, de las opiniones diversas, de mil vanidades pueriles, de mil vientos contrarios en fin que se estrellan en aquella sola caña débil y por fortuna flexible de su desamparada comedia. Llegó al puerto, y va á descorrerse el telon. ¿Quién es el pobre autor entonces? ¡Infeliz! Si no ha mendigado un asiento, una escondida galería, le será preciso comprar su billete, y si para la primera noche se han dignado ofrecerle espontáneamente algun palco tercero ó un par

de lunetas, la segunda, la tercera, cuantas noches se represente la hija de su talento, otras tantas habrá de comprar el derecho de ver la comedia que sin él no se representaria.

Tiene libre y gratuita entrada en el teatro, y con justicia, el censor ilustrado que la censuró, los representantes de la villa, cuyo es el local, el médico de las compañías, el oficial de la guardia, los mismos soldados que la componen, los actores que no la representan, los operistas que cantan &c. ¿Quién, pues, no tiene entrada franca en el teatro, por poca relacion que tenga con sus dependencias? Solo el autor de la comedia; y este nuevo Midas, que vuelve en oro cuanto toca, muere privado de lo mas preciso.

¡Bueno fuera efectivamente que se viniera el pazguato del autor con sus manos muy lavadas á arrellenarse en una luneta todos los dias! ¿Y por qué? ¿Porque tiene talento, porque ha compuesto la comedia? ¡Mire usted qué recomendaciones! Si fuera el que enciende la araña, que es hombre de luces!.. ¡Pero el autor!.. Que compre sus billetes todo el año, que para eso se le dan luego mil ó dos mil reales, lo menos, por su trabajo, que es un asombro y un despilfarro!..—Pero, señor, ¿dónde ha de estudiar el pobre autor sino en el teatro? ¿Puede conocer el gusto público si no concurre al teatro diariamente?—Que aprenda á hacer comedias en un libro de álge-

bra, ó que gaste su dinero.

De mala gana nos chanceamos. Nosotros creiamos que el autor era la primera persona.

Supongamos por un momento que se retira el público, que no existen actores que representen, y que desaparece el local; todavia quedará la comedia escrita é impresa, que, si es buena, deleitará é instruirá á las gentes de casa en casa. Y supongamos por el contrario que está lleno el local, que vino la guardia, que preside la autoridad, y que desaparecen las comedias, y se les borra de la memoria á los actores la que para aquella noche traen estudiada; ignoramos completamente qué puede hacer toda aquella buena gente allí reunida, qué la guardia, qué los actores, y qué el magnífico edificio, ni qué puede quedar de todo ello que de deleite ó de provecho sea para persona nacida.

Digámoslo en fin de una vez. El que ha de hacer comedias buenas, ni puede, ni quiere, ni sabe hacer otra cosa; y si emplea en ir al teatro, que es su único libro, el corto premio de sus tareas, ¿con qué vivirá?

Lejos estamos todavia de pedir que se perjudiquen los intereses del teatro; solo pedimos que pueda sentarse el pobre autor donde no haya nadie sentado.

Lejos estamos tambien de pretender que todo el que haya dado al teatro una

mala farsa quede con derecho á la libre entrada. No. Pero el que hace del teatro su profesion; el que ha dado una, dos, tres, diez, veinte comedias; el que otra cosa no hace en toda su vida sino llenar las arcas de los coliseos, y mantener con su talento á todos sus dependientes, ¿será el único que no pueda mirarlos como su casa? En otras partes no solo tienen los poetas la entrada franca, sino gran parte de los billetes para despacharlos por sí... Pero tambien en otras partes es la mas apreciada la aristocracia del talento. En otras partes un hombre dedicado á la literatura tiene profesion conocida, y puede responder á la policía: "soy literato." Por acá un literato es un vago sin oficio ni beneficio, y el que vive de su talento es menos todavía que el que vive de sus manos: si quiere poner en su carta de seguridad "escritor público", habrá quien le ponga *escribiente*, y diga que todo es escribir.

Oyese despues gritar: *¡el teatro se arruina; no hay comedias!*

¿Quién quereis, gritadores de café, que componga comedias? ¿Quereis héroes en los poetas, ó quereis cuerpos gloriosos? ¿Quereis que suden y se afanen para divertiros y enseñaros, y recojer por único fruto de su talento, en el cual pueden tan pocos rivalizar con ellos, el desprecio ó la befa, el oprobio ó el vilipendio?

Hombre de talento, arroja tu pluma, y cuando inspirado del estro que te domina quieras escribir para tu gloria, guarda tus producciones para tiempos mas felices: háganlas iguales los necios que te menosprecian, ó cierren en buen hora los teatros, que no para tí hinches de plata, como no para ella llena de miel la laboriosa abeja sus panales. Quema tus borrones, y antes que compres tan cara tu ignomia, busca cordeles, y ahoga para siempre ese fatal y estéril talento, que ningun respeto se merece, que ningun premio se grangea, que solo para tu tormento te dió entre tus compatriotas la naturaleza.

Mas nos queda todavia que decir en tan fecunda materia, y para otros artículos reservamos el acabar de probar que *el autor de una comedia no es nadie por acá* de una manera irrecusable; donde probaremos que el teatro se arruina, y que debe arruinarse, que nada tiene de particular que solo se vea salir á luz una comedia nueva de años en años, que es un hombre sobrenatural el que en el dia las compone, y en fin, que si las comedias son buenas debe tratarse de protejer á los que sean capaces de componerlas; y si son malas deben prohibirse del todo, y cerrarse los teatros, y enviar á paseo al loco que las escribe.

El Bachiller.